



EL VOLVER AL PUEBLO

Al volver al pueblo en los primeros años de nuestra ausencia lo hacíamos en el coche de línea o en el tren, no poníamos suficiente interés en el encanto del viaje de regreso. Pasados los años se siente cierta nostalgia en las llegadas al pueblo. Pero lo más bonito de todo son las sensaciones que percibes cuando ya estás cerca. Cuando divisas en la lejanía la silueta que ya conoces. Al ir acercándote empiezas a descubrir en el horizonte algo que es muy familiar.

Mi pueblo, que como todos los pueblos están en el medio del campo, tiene cierta particularidad al ser principio o fin de provincia, región y comarca. Sus accesos son por los cuatro puntos cardinales. Con distintas y bonitas perspectivas.

Si nuestra llegada es de Madrid, se hace la entrada por la nueva A 4, que nos trae de Villarubia, vamos disfrutando en los últimos kilómetros, donde la parte derecha el paisaje nos ofrece lo más típico de llanura manchega. Vemos una tierra ancha, llana, lisa y desolada, en lejanía podemos distinguir algunas matas de encina de los parajes denominados El bosque. Si la visita la hacemos en los meses de primavera, nos acompaña el suave verdor de las siembras, que como un mar vegetal, se deja mecer en sus olas verdes la futura cosecha. Lo que la llegada nos ofrece si la vista se desvía al lado izquierdo es bien distinto. La llanura desaparece, vemos grandes barrancos con altas lindes, vamos encontrando terrenos de olivos y algún viñedo. Se llega al pueblo por la recién abierta autovía, que al entrar por las modernas rotondas, podemos apreciar la nueva Santa Cruz, es la zona donde más ha evolucionado y crecido su industria.

Entrando por la carretera de Cabezamesada, la menos frecuente al ser una vía de comunicación local, la línea recta ferroviaria nos da la bienvenida. Es la antigua red de comunicación con tierras conquenses y valencianas, el paso de los tiempos ha dado lugar a un nuevo proyecto, creando la línea de alta velocidad, que ha recuperado vigor con la ida y veni-

da de trenes más rápidos. Los nuevos AVE. Pero la nostalgia de años pasados deja constancia en el edificio de la muy usada antaño estación de ferrocarril, con su anexo almacén de mercancías, ambos inmuebles en creciente deterioro. Cuesta creer como pasaron los años desde aquellos tiempos en que se venía a esperar al tren y recibir a familiares. También están presentes las altas edificaciones de las dos fábricas de harina, que duermen silenciosas, en estado lamentable, pero que recordamos sus labores y sus nombres; Ideal e Imperial.

Si cuando llegamos al pueblo, este nos recibe al venir de la provincia de Cuenca, hemos dejado atrás Tarancón, que hace de límite entre las dos provincias. En los últimos kilómetros antes de entrar en el término municipal se divisan en el alto de la glorieta la iglesia de Santiago, visible desde cantidad de lugares. Su majestuosidad la hacen ganar identidad. Mas pequeña pero con la misma personalidad vemos la torre del reloj de la plaza, la fachada del antiguo convento,

el sepulcro y las calles de San Pedro, El Parral, Las Cruces y Las Nogueras, donde viene nuestros recuerdos de juegos infantiles.

El llegar por la carretera de Villamanrique, que es un nudo de comunicación reciente. Antaño el paso del río era un impedimento, mas tarde ya con puente, la carretera ofrecía mucha dificultad por el mal estado de su pavimento y lo sinuoso de sus pocos kilómetros, obligaba a dar vuelta por Zarza de Tajo. Por este motivo nos perdíamos las vistas más bonitas de nuestro querido Santa Cruz.

Ya subsanados los antiguos problemas el llegar por esta vía hace disfrutar. Desde un lejano horizonte, que sin llegar al vecino pueblo ribereño vemos como los cerros nos ofrecen un ondulado paisaje, donde en lontananza erguida y señorial aparece la querida torre de nuestra conocida Iglesia de Santiago, a modo de manto blanco se derraman a sus pies las casas más antiguas, raíz y embrión del pueblo actual. Después de sortear la rivera del río tajo y abandonar los últimos





terrenos de la Comunidad de Madrid, como para hacerla más lenta nuestra llegada, toda la distancia es en cuesta arriba. La mirada se entretiene a mirar el fondo de los barrancos, de laderas umbrías, cerros de calvero y esparto, que ya muy antiguo se recogía por los hombres para hacer pleita en los largos días de los fríos inviernos.

Nos acercamos, el viaje termina, ya sentimos como Santacruceros, lo que vemos lo podemos identificar y poner nombre. Lo primero que aparece es el circuito de motocrós, más lejos Los Yesares con sus blancos y verticales cortes en la piedra, ahora en desuso. Rectos, derechos como velas,

los serios cipreses del camposanto, nos traen recuerdo de nuestros seres queridos que ya nos han abandonado. En las lindes del pueblo el polideportivo y sus modernas instalaciones lo vemos antes de llegar a las Hontanillas y ver la ermita de San Antón. En su proximidad grandes cicatrices en la tierra roja, donde antes, ya muchos años atrás se sacaba el material para hacer las tejas.

Ya hemos llegado. Ahora el pueblo nos ofrece dos vertientes. Dividido por La Cava y Los Caños en un lado altiva, grande, orgullosa se muestra la iglesia de Santiago Apóstol, en el lado opuesto la tímida torre de la iglesia de

San Miguel hace su aparición entre los castellanos tejados, a la derecha, en lo alto, en contacto con las nubes las lejanas casas, en otros tiempos cuevas, pero que en la actualidad gracias al esfuerzo de sus dueños lucen blancas y limpias por las recovecas calles.

Siempre al volver al pueblo, después de tantos viajes, hay un momento que empiezas a notar cuantas cosas buenas vienes encontrando en tu pueblo de siempre. Tu pueblo de toda la vida.

Vicente Almarza de Gracia

¿RECUERDO O SUEÑO?

Cuando faltas tú, barquerita,
de las orillas del río
que alimenta mis reducidos
sueño, porque soñar, nada cuesta.
Porque, también, se vive
de ilusión y añoranza.
Pero si el río se queda sin agua,
ya no es río, fuente de vida.
Ya no se escucha el canto
del arrullo del agua.
Cuando no estas, barquerita,
tu ausencia se palpa
al tiempo que en el horizonte,
en cualquier parte
se adivina, se vé tu grácil silueta
-siempre bella y delicada-
ocupando un espacio
que tu cuerpo hace maravilloso,
grato, como un remanso
de paz, de deliciosa ternura.
Tu voz, como canto de gloria,
-que cautiva almas-
clara, serena, acariciando al oído,
como un don bajado del cielo
que despierta sensibilidad,
cariño que hace dulce la vida.
Se te vé caminando sumisa,
suave, como acariciando
con delicado tacto lo que pisas,

haciendo bien a todo el entorno
que hace feliz y emula encanto.
Así eres en la realidad,
así vives en el recuerdo
que alimenta los sentidos
haciéndoles felices siempre.
En la oscuridad del recuerdo,
tus bellos ojos negros,
con claridad me alumbran
como potentes focos de luz
haciendo más plácida y amena
mi caminar por esta vida.
Y como naciste de buena madre
la que te llevó en su cuerpo,
eres como la hermosura de las flores
que sin decir nada
¡dicen tantas cosas!
Si el río se queda sin agua
es como si la vida se queda sin cariño.
Su cauce sin agua
deja al descubierto
sus arcanos secretos
que, más bien son tristes:
Barrancos y recovecos con pescados
muertos,
donde yacen desvalidos.
Las deterioradas cosas que fueron útiles,
que muchos desaprensivos arrojan a su
fondo.

Troncos de árboles gigantes
que un día fueron bellos
con su hermoso ramaje,
adonde hacían sus nidos
y cantaban las innumerables aves
con su belleza de vuelo y colorido,
que en su libertad de ambiente
tienen todos los pájaros.
Así de desolada y triste, barquerita,
queda el encanto de vivir
en la ribera de esta vida,
que siempre sería maravillosa
si los -¡humanos dicen!-
no nos empañáramos
-¡pobres de nosotros!-
en violentarla tan a menudo,
con nuestra malicia y odio.
Afortunadamente, no todo es así.
Espero que ese hermoso río
nunca vean mis ojos sin agua
y, a tí, barquerita, nunca vea sin vida
en este planeta tierra.
Y cuando despierto
de lo que parece un sueño,
veo que es realidad
¡Que no eres un sueño!

Pepe Campa